

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
REVISTA DE FOTOGRAFÍA

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Capilla Universitaria
Biblioteca Universitaria*

15



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1974

LA ESCISIÓN DEL HOMBRE EN LA ÉPOCA MODERNA

Por Luis Rionda Arreguín
Universidad de Guanajuato

LA CIENCIA. —Expone SherWood Taylor en su obra *Pasado y Presente de la Ciencia*—, en su más amplio sentido es un método sistemático de describir y dominar el mundo material.

Es en este sentido una reacción del hombre frente a la naturaleza. Uno de los modos en que se manifiesta la existencia lo constituye la ciencia. Los filósofos han estado siempre interesados en resolver la cuestión del ser de las cosas y de su conocimiento.

La filosofía griega consideraba que el conocimiento del mundo era un "hacer patente", "mostrar", "poner de manifiesto" el verdadero ser de las cosas.

El lenguaje viene siendo el recurso que utilizamos para expresar nuestro pensamiento de las cosas; es una forma de representar simbólicamente las cosas. Hay diversas opiniones que han tratado de determinar las relaciones entre la ciencia y la filosofía; así encontramos una posición radical que sostiene que no existe absolutamente nada en común entre la ciencia y la filosofía, sino que son opuestas tanto por sus métodos como por sus fines y objetos de investigación. Otra opinión se inclina por encontrar entre ellas un acuerdo y comunidad de intereses en diferentes aspectos.

Las tentativas han sido múltiples a través de la historia del pensamiento humano por determinar las relaciones de la filosofía con las ciencias de la naturaleza, una de ellas insiste en que la filosofía debe hacerse científica o empírica, lo cual significa plantear las cuestiones primordiales de la filosofía en términos de investigación y métodos científicos. Asimismo durante la época del romanticismo las relaciones entre el arte y la filosofía ocuparon un lugar muy importante, y Shelling llegó a una interpretación esteticista de la filosofía. Cuando se parte de la aseveración de que la filosofía debe hacer suyo el método

científico y apoyarse en él, se la está subordinando a otros objetivos que no son los suyos, pues la filosofía tiene el derecho de reclamar para sí los métodos que requiera para sus fines específicos. Como tampoco es razonable tratar de hacer que la ciencia acepte por imposición métodos y objetivos que en muchas ocasiones le son ajenos. Lo pertinente sería reconocer que la ciencia tiene un lenguaje propio que le permite hablar por sí misma y exponer cuáles son los caminos y las metas que persigue. Las filosofías llamadas empíricas consideran como inútiles e infructuosas las especulaciones que trascienden el límite de lo experimental, ya que su propósito es apoyarse en los descubrimientos objetivos de la ciencia, en tener como base o sustentación el terreno sólido y firme de la realidad científica. El positivismo Comtiano se atuvo a la observación de los hechos dados y a la determinación de la constante y regular relación entre los fenómenos para poder preverlos y someterlos a nuestro dominio. Si la ciencia supone una actitud peculiar del hombre frente a la naturaleza, el fin de la actividad científica es el conocimiento. Lo que no se puede sostener por atrevido en extremo es el juicio según el cual, el único resorte que impulsa la investigación científica es el anhelo infinito e insaciable de conocimiento que existe en el hombre. Pues no hay que olvidar que el deseo de conocer está condicionado en el hombre por exigencias de carácter práctico y utilitario.

La filosofía no puede adoptar una actitud de indiferencia con relación a los resultados y verdades de la ciencia, sino al contrario, una de sus tareas más importantes es la de hacer una interpretación de las verdades sentadas por la ciencia, sin pretender imponerle una metodología determinada. Concretamente el saber científico pone de manifiesto la armonía y concierto que privan en la naturaleza. La ciencia por otra parte tiene plena autoridad para indagar los procesos del mundo físico con sus propios medios y libre de imposiciones o trabas. El determinismo causal admite que los fenómenos macrofísicos están condicionados necesariamente por leyes mecánicas inexorables. De este modo los fenómenos de la naturaleza se explican en términos de relaciones causales. La naturaleza está formada de fenómenos, los cuales son eslabones unidos interminablemente entre sí en la inmensa cadena de la causalidad. Un determinismo más amplio sería aquel que considere que el mecanismo debe hacerse extensivo al ser humano, es decir, que asegure que las acciones humanas están necesaria e inevitablemente predeterminadas. Esto significaría que la historia estaría regida por leyes estáticas tan inmovibles como las que gobiernan los fenómenos celestes. La acción humana encontraría la causa que la condiciona en las circunstancias que le preceden temporalmente. El desarrollo futuro de los acontecimientos históricos estaría predeterminado forzosamente desde el presente. Los acontecimientos históricos no podrían menos de suceder en el futuro como están determinados a suceder por las circunstancias del presente.

Esto es causalidad estricta, imposible de observarse en el mundo probable de la historia, pero que se advierte en el comportamiento de los cuerpos celestes. Esta teoría determinista niega el libre albedrío, y uno de los rasgos más sublimes en el hombre, la responsabilidad personal de sus acciones, para quedar convertido en una máquina que responde rígidamente a los estímulos que regulan sus actos.

La ciencia hace referencia a una finalidad de índole teórico (que puedo conocer), en tanto que la técnica se refiere a un objetivo práctico (que puedo hacer). El propósito de la ciencia es la investigación de la verdad; ahí termina su tarea en sentido estricto. En cambio, la técnica como la aplicación práctica de la verdad científica a las necesidades de la vida humana comienza donde termina aquélla.

Sus respectivos dominios están claramente delimitados tanto por la actividad que las ocupa, como por las metas que tratan de alcanzar. No es posible, sin embargo, ocuparse de la ciencia como si se tratara de una ínsula apartada del medio social, sino por el contrario, es afectada por condiciones que provienen del ámbito externo. En sus inicios, entre los griegos, ciencia y filosofía eran una y la misma cosa, perseguían un mismo fin: el conocimiento del universo. Es factible pues, que la primera actitud del hombre hacia el universo haya consistido en un saber contemplativo y estático; de lo que se trataba era de descubrir la verdad última de las cosas y hacerla objeto de su meditación. En el medievo se hizo de Dios la verdad fundamental en que el hombre permaneció absorto. A partir de la llamarada del renacimiento se hizo manifiesto el carácter dinámico y progresivo de la ciencia. Su verdadera naturaleza no era la de extasiarse en verdades perennes, sino la de evolucionar en la adquisición de nuevos conocimientos. Con esto la ciencia fue perdiendo su condición puramente contemplativa. Ahora con el auxilio de la razón, el hombre se propone conocer el universo, y así mismo como un reflejo de aquél. El hombre es concebido como un microcosmos en que se manifiestan en pequeña escala las fuerzas que en forma mayúscula actúan y obran en la naturaleza. El ser humano, piensa la filosofía naturalista del renacimiento, es una partícula en que se expresa en pequeño la vida divina del todo.

Naturalismo y humanismo aparecen juntos en la época moderna. El hombre es un miembro de ese universo considerado como una unidad dinámica y regido por fuerzas y leyes que le son inmanentes. Por tal motivo, el hombre quiere penetrar y esclarecer por medio de la razón la legalidad y armonía del mundo físico. Vuelto el hombre hacia el mundo material y un tanto alejado de la divinidad, comienza a explicar clara y distintamente, con términos rigurosamente racional y matemáticos los procesos regulares del mundo físico. El nominalismo Occamista repercute en los siglos siguientes al quedar redu-

cidos los fenómenos físicos a simples símbolos matemáticos. Galileo expresa la naturaleza simbólica del conocimiento cuando afirma: "El libro de la naturaleza está escrito en signos matemáticos". El nominalismo del siglo XVII estaba de acuerdo con el carácter matemático del mundo natural.

Cuando el hombre emprende la indagación de una realidad distinta de él mismo, tiene que reconocer el hecho metafísico fundamental de que "el mundo exterior" tiene realidad por sí mismo. Admitir la hipótesis metafísica de la realidad del mundo exterior, significa que toda investigación orientada al conocimiento de un orden legal en la naturaleza, supone necesariamente la existencia de un mundo real externo en que está sustentado. Si no fuese así, sin este postulado, las bases en que descansaría la ciencia serían inestables, su destino no podría ser sino bordar en el vacío.

Así pues, el espíritu del hombre de ciencia lo lleva a rechazar el idealismo extremado de Berkeley, que reduce el mundo exterior a puras ideas o representaciones de nuestra conciencia (*Esse est percipi*) para conferirle realidad y subsistencia al mismo. Esa realidad, que es el mundo extrínseco, es considerado por la ciencia como mensurable, puesto que su naturaleza es básicamente métrica. Por consiguiente el rasgo característico de la realidad de un objeto físico es ser eminentemente cuantificable; la realidad del mundo físico no puede ser sino susceptible de mensurabilidad. Si se parte de la realidad de que existe un orden y una uniformidad en los fenómenos de la naturaleza, se refrenda la seguridad de que hay una legalidad o conjunto de leyes que rigen el acontecer natural. Todo lo cual significa que esa regularidad en los fenómenos de la naturaleza queda explicada por el principio de causalidad, de que todo cuanto sucede en el universo tiene necesariamente una causa. Hay por lo tanto, una equivalencia entre legalidad y causalidad, esto es, entre ley y causa. No es posible entonces suponer un orden en el universo, si no existe la categoría de causalidad, como forma a priori del entendimiento que introduce la legalidad en la naturaleza.

La causalidad es el fundamento de la teoría del determinismo. El determinismo de carácter teológico reconoce que Dios se manifiesta en el mundo mediante sus obras y vestigios. Aún siendo así, se tendría que admitir que sus manifestaciones también están sujetas a investigación. Las explicaciones teológicas del universo mantienen su autoridad en un campo diferente del de la ciencia. Si partimos de un enfoque científico, los fenómenos que suceden en el mundo macrofísico son eslabones de una cadena de causas y efectos. Los fenómenos del mundo natural sujetos a investigación científica se reducen a relaciones de causalidad inmanentes a ellos mismos. Por ello, los métodos científicos son los únicos medios que nos permiten la posibilidad de conocer los acontecimientos que se fundan en relaciones causales.

El azar se refiere a aquéllo que ocurre de una manera no necesaria, es decir, contingente. Es algo que acaece simplemente porque sí. Si el azar fuera el factor determinante de todo lo que sucede en el mundo físico, no habría en él sino el caos y el desorden más absoluto. Estaríamos entonces, frente a un mundo en el que no habría ni regularidad ni uniformidad, ni estaría sometido a leyes. Existe también una clase de azar que se expresa matemáticamente en la teoría de las probabilidades y que ha sido utilizado como el fundamento de los métodos estadísticos. Cuando son lanzadas varias monedas al aire, no es posible determinar de un modo cierto y seguro cuántas serán águila y cuántas serán sol. Lo único que puede ser determinado con cierta probabilidad es la frecuencia relativa de las diversas combinaciones de águila o sol que se pueden dar al ser arrojadas cierto número de monedas un cierto número de veces. Los acontecimientos del mundo macrofísico están gobernados por relaciones causales. Por esta razón ha podido el hombre llegar a conocer y dominar la naturaleza. Las relaciones regulares de causa y efecto que tienen lugar en el universo, son relaciones deterministas que aseguran su conocimiento de una manera cabal. Así pues, hay una dependencia de cada fenómeno con relación a todos los demás. Laplace en su ensayo filosófico sobre las probabilidades expresa: "Una inteligencia que conociera en un momento dado todas las fuerzas que actúan en la naturaleza y la situación de los seres de que se compone, que fuera suficientemente vasta para someter estos datos al análisis matemático, podría expresar en una sola fórmula los movimientos de los mayores astros y de los menores átomos. Nada sería incierto para ella, y tanto el futuro como el pasado estarían presentes ante su mirada". En esta fórmula se encuentra la afirmación de un determinismo radical.

La causalidad significa la relación que descansa en el influjo de la causa sobre su efecto. Ordinariamente se entiende por causalidad, el nexo en virtud del cual, el efecto depende de una causa, sin embargo, el término causalidad designa sobre todo la virtud ontológica que brota de la causa; aquéllo que da o transmite el ser a una cosa, lo que tiene la capacidad de causar. Por el contrario, para el investigador de la naturaleza, la idea de causa queda restringida a la explicación de todo cuanto acontece en la esfera del mundo físico, de los cambios y movimientos que en él se operan: es decir, en el dominio de la causalidad natural, todo fenómeno recibe su ser de una causa, todo acontecer natural es necesariamente resultado de una causa de la cual depende íntimamente; en otras palabras, los hechos físicos adquieren realidad explicativa en cuanto se haya determinado clara y distintamente la causa necesaria de su producción. La causalidad es pues, el enlace que existe entre una causa y su efecto, en virtud del cual el antecedente produce actualmente su consecuente; desde el momento en que la esfera de la naturaleza nada acontece al azar, fortuitamente, sin una

razón de ser, los efectos son consecuencias producidas necesariamente por causas naturales. Según esto, en el mundo físico ningún efecto puede ser producido por una causa que no le corresponde de suyo, sino que tiene que existir una conexión unívoca entre causa y efecto, de tal manera que causas iguales, den lugar siempre a efectos iguales, o sea que es imposible que una causa natural pueda originar un efecto diferente del que en realidad produce; pero en todo caso, todo efecto es siempre lo que es por una causa de la cual depende necesariamente, y en la cual el efecto encuentra la razón suficiente de su existencia; lo que quiere decir que la causa es lo que le confiere el ser al efecto, lo que hace que un efecto sea. Todo efecto necesita de una causa para ser; de acuerdo con lo anteriormente dicho, resulta que el efecto tiene un ser distinto del de la causa de la cual depende. El efecto deriva su ser de una realidad diferente de sí mismo, con lo cual guarda una relación de dependencia.

Podemos deducir que entre los rasgos más sobresalientes de la causa están, el poder ejercer una influencia real sobre el efecto, que el efecto es realmente distinto de la causa y que el efecto está unido a su causa con nexo de dependencia. El concepto de causa en general, es uno de los primeros con que cuenta la razón; la multitud de experiencias en el orden físico, ponen de relieve que determinados hechos causan otros y que por lo tanto, no son independientes sino dependientes. Posteriormente, la razón descubre que los fenómenos físicos no pueden determinarse por sí mismos, sino por otro ser de que dependen y a quien deben su existencia, al cual se le conoce como causa.

El célebre jesuita y teólogo español Francisco Suárez S. J. (1548-1617) llamado el Doctor Eximio, es el representante más sobresaliente de la escolástica restaurada del siglo XVI, época en la que destacaron principalmente los teólogos españoles. El granadino es el centro de este movimiento de restauración de la escolástica, que tiene lugar en España y termina en el Concilio Tridentino. Suárez se encuentra con una escolástica anquilosada, osificada, perdida en una multitud de comentarios, polémicas y argumentaciones y cuya enseñanza se realizaba en una forma monótona y rutinaria. El pensamiento escolástico con que se tuvo que enfrentar Suárez, daba la impresión de ser un muerto en vida, incapaz de renovarse y florecer y cuyos días estaban contados. España al convertirse en el principal bastión para impedir el avance del movimiento de Reforma, tuvo a cambio de ello, que aislarse intelectualmente, perdiendo así, la oportunidad de entrar en contacto bastante con las ideas científicas y filosóficas modernas, que estaban revolucionando el pensamiento en Europa. Se volvió a hacer objeto de consulta a las obras filosóficas más representativas de la escolástica medieval, para buscar en ellas las ideas y conceptos, que al mismo tiempo que enriquecerían doctrinalmente la teología católica, fuesen las armas adecuadas para defender el catolicismo.

El Doctor Eximio fue el principal autor de esta restauración, que hizo posible que la escolástica adquiriese nuevos bríos e ímpetus de vida; con lo que en el siglo XVI, nos encontramos en España con una escolástica renovada y plena de vida. Durante algún tiempo estuvo afiliado al Tomismo del que después discrepó en algunos puntos, para adoptar una posición original y fecunda. La obra más representativa de su pensamiento, son las *Disputaciones Metafísicas*, verdadera síntesis del pensamiento escolástico, que alcanzó una extensa divulgación fuera de España; sobre todo en las Universidades de Alemania. La Metafísica que se cultivaba tradicionalmente, antes de que Suárez la hiciera una disciplina independiente de la teología, se agotaba en el simple comentario de Aristóteles. Sin embargo, Suárez siempre permaneció fiel a la teología, considerando que el saber filosófico debe estar subordinado al teológico. Según él, la filosofía y la teología alcanzan su unidad en la unidad suprema de la fe cristiana, que hace de la teología un saber de Dios, auxiliado por la reflexión y discusión filosóficas. Respecto al problema de los universales, Suárez niega que la materia cuantificada constituya el principio de individuación, al contrario, afirma que los únicos principios individuantes son los elementos constitutivos de cada substancia.

Suárez dedica una de sus investigaciones, a precisar el asunto acerca de "las causas del ser en general". Parte del carácter abstracto y universal del concepto de causa, adjudicando su estudio a la metafísica; entre las razones que aduce para hacer del concepto de causa un objeto de consideración metafísica, están: "primero, porque la misma noción de causa o causalidad, como dicen participa del ser en cierto grado y es menester explicar en qué consiste dicho grado; segundo, porque la misma causalidad es a manera de propiedad del ser en cuanto tal, pues no se da un ser que no participe en algo del concepto de causa; tercero, porque es propio de la ciencia estudiar las causas de su objeto".

El célebre filósofo, jesuita español, tuvo también como preocupación, encontrar una idea general de causa que sirviese para explicar los conceptos de las causas particulares. Encuentra que la más adecuada definición de causa, es aquella que utilizan frecuentemente algunos modernos pensadores: "Causa es aquello de lo que algo depende propiamente" (*Investigaciones Metafísicas*, Sección II, pág. 119). Sin embargo, Suárez prefiere definir el concepto de causa dejando asentada la idea general que mejor sirva a lo que se va a definir. Así afirma: "Causa es un principio que comunica propiamente el ser a otra cosa" (*Investigaciones Metafísicas*, Sección II, pág. 119). La causa en cuanto que es el principio que da o transmite a otra cosa su ser, es imposible pensar ninguna cosa que no haya recibido su ser de una causa de la cual depende. Frecuentemente se formula el principio de causalidad, diciendo que todo lo que empieza a ser tiene una causa, pero no es utilizable, porque el comienzo tem-

poral del universo se sustrae a nuestra comprobación experimental. Por eso es preferible formularlo de la siguiente manera: Todo ente contingente es causado. El concepto ente, ha de entenderse aquí como realmente existente; causado significa más exactamente originado, producido por una causa. Así pues, la noción que según Suárez, sirve mejor para definir el concepto de causa, es aquella que considera que todo lo que existe realmente es producido por una causa de la cual depende. Es algo claro al entendimiento que todo lo que tiene una existencia real y contingente, le ha sido comunicado el ser de algo, o sea de una causa.

Los escolásticos consideraban el principio de causalidad como un axioma no sujeto a discusión alguna. Pero se atuvieron a la división de las causas que Aristóteles hizo sin llegar a establecer la diferencia entre el principio de conocimiento y el conocimiento de la causa. En Aristóteles y en la filosofía escolástica, causa es todo principio del cual depende la existencia de un ente contingente. Suárez se pregunta qué significa "depender de otro"; a esto responde que "causa es aquello de lo que algo depende propiamente". La causalidad es por consiguiente, la razón ontológica de lo causado, o sea, que la causa y lo causado nunca son idénticos, precisamente porque entre ellos existe una relación de dependencia. Esta relación de dependencia, afirma Suárez "significa que para la causalidad es menester que el ser que la causa esencial y primariamente comunica al efecto sea producido por la misma causa y, por consiguiente, sea un ser distinto del que la causa posee en sí mismo" (Investigaciones Metafísicas, Sección II, pág. 121). De esto se colige que en el pensamiento suareciano, ser causa significa ser algo distinto de ser efecto; lo causado es así el efecto de un agente causante responsable de la transformación a que ha sido sometido. Si la causa es la que transmite a otra cosa su ser, "toda cosa que comunica el ser a otra a manera de principio esencial y extrínseco, lo hace produciendo el mismo ser que comunica; y así es como siempre transmite un ser distinto del propio que posee en sí; y esto es exactamente causar y producir" (Investigaciones Metafísicas, Sección II, pág. 121).

Lo que hace que exista una relación de dependencia ontológica entre la causa y el efecto, es que la causa comunica al efecto un ser distinto del que tiene de suyo. Pero es bien sabido que la noción de causa en la filosofía y en la ciencia no es una mera derivación del acto de causar. Por otra parte teniendo la causa una multitud de significaciones, es muy difícil llevar a cabo una reducción a un concepto único y por último, la noción de causa no constituye un problema aislado, sino una idea central que se enlaza con las más importantes cuestiones de la filosofía y en particular con el problema de la razón.

En la época contemporánea el desarrollo adquirido por la industria, la tec-

nología y la ciencia, han contribuido a fragmentar al hombre como individuo; éste ha dejado de ser algo indivisible y estamos asistiendo a su desintegración como ser humano. Atomo es lo "indivisible", lo "incortable". Los átomos eran considerados por los antiguos representantes del materialismo como las partes pequeñísimas no susceptibles de mayores divisiones, eran las últimas partes indivisibles de la materia. El término latino *individuum* significa en sentido físico, lo indivisible, es decir, lo que no puede ser cortado o fragmentado ulteriormente. La característica fundamental del átomo, pensaban los griegos, era su indivisibilidad. El átomo era lo indivisible. De tal manera que "individuo" y "átomo" quieren decir lo "indivisible". El átomo individual y el individuo humano han dejado de ser indivisibles.

La ciencia física ha determinado la desintegración del átomo en electrones, protones, neutrones, etc., por otra parte el hombre como algo individualmente único ha dejado también de ser indivisible, su desintegración como ser humano procede del alto grado de especialización que priva en el trabajo tecnológico y científico de los países más avanzados en el aspecto industrial; por eso, dividirlo significa destruir su integridad como ser humano. La indivisibilidad es la cualidad distintiva del hombre como individuo. Su estructura es integral, única, singular. El hombre como ser individual se nos presenta como algo coherente y macizo. La acción desintegradora de la tecnología y la industria sobre el hombre individual, consiste en incrementar la especialización, o sea, las cualidades funcionales del individuo, dejando en cambio que sus facultades propiamente humanas se vayan muriendo. Lo que importa es fomentar el ejercicio mecánico de una actividad característica del hombre en el trabajo, con el fin de aumentar la producción en beneficio de las ganancias. Automatizar ciertos movimientos del hombre en el trabajo técnico equivale a mutilarlo como individuo, para convertirlo en una función especializada. Individuo significa etimológicamente indivisible. Pero la realidad es que el individuo no ha podido escapar a los efectos de la especialización, que lo ha escindido como un todo, como un ser humano integral, para convertirlo en funciones técnicas específicas que desarrolla en su trabajo.

En el año de 1931 fue publicada una obra de singular importancia del filósofo Oswald Spengler titulada "El hombre y la técnica: Contribución a una filosofía de la vida". En una concepción optimista acerca de lo que es la civilización, se afirma que es un proceso de desarrollo encaminado hacia una meta: el mejoramiento de la humanidad. Esto equivaldría a alcanzar en un futuro imprevisible "una perpetua felicidad de razas y de pueblos, estados y religiones". Sin embargo, Spengler insiste en definir al hombre como "un animal feroz, cuya vida consiste en matar". El instrumento que asegura la existencia del hombre en lucha con el mundo es una técnica consciente y voluntaria, el uso de la mano,

la posición de la cabeza y el caminar erecto. El hombre comienza a valerse de instrumentos que significan una prolongación de sus funciones naturales. Surge el hombre como el artifice que crea instituciones, artes y doctrinas; se organiza políticamente en ciudades y estados. Se construye un mundo artificial de ideas, valores, técnicas y ciencias. El hombre es un revolucionario que ha cambiado su estado natural por un orden civilizado. Pero ha llegado a un punto en que él mismo se ha sometido a ese mundo no natural; se convierte en un esclavo de su propia creación. No puede escapar de ese mundo artificial que ha creado. De creador de un mundo de cosas artificiales se vuelve esclavo de la máquina hasta tornarse en una pieza de ésta. Va perdiendo su identidad consigo mismo como un ser humano, como una entidad, para tornarse en alguien que lleva y desempeña en su trabajo una "función técnica específica" de una manera uniforme y automática. En la sociedad moderna se manifiesta cada vez en mayor grado una tendencia a estandarizar los gustos, aficiones, modas y diversiones de las personas mediante productos tipificados, destinados a las colectividades. La televisión y la radio contribuyen a crear un mundo de entes falsos y fingidos en sus actitudes y sentimientos a través de los anuncios publicitarios, los que por sí mismos están señalando cuáles son, los que conforme a los intereses de las empresas comerciales consideran los deseos y las preferencias de los núcleos de consumidores. Poseer un automóvil último modelo o una residencia en tal o cual zona de una ciudad, es un caro anhelo acariciado por mucho tiempo por las clases populares. El cine y los cómicos también muestran una inclinación muy marcada a inventarle al público una realidad artificial y aparente mediante escenas, acciones, actitudes y seres que realizan hazañas muy por encima de las posibilidades humanas. El propósito es aislarlo del mundo significativamente humano que le es propio para introducirlo en un orden de cosas y proezas que no es el suyo; con esto el hombre pierde su configuración humana por una inventada, desnaturalizada y falsa. Lo importante sería enseñar a los demás a ver las cosas en su dimensión natural y humana y no en planos desorbitadamente deshumanizados, carentes de realidad e inaccesibles a los conceptos que el hombre tiene del mundo y de la vida.

De esta manera las novelas televisadas o impresas presentan estereotipos deshumanizados que actúan de acuerdo con guiones prefabricados y conforme a posturas y movimientos sofisticados. Lo natural está totalmente ausente tanto del argumento como de la acción. Lo que se persigue es que las revistas, pasquines y novelas se conviertan en auxiliares de gran valor para modelar la personalidad de los individuos, conforme a aquellos patrones de conducta que se manifiestan en actitudes y movimientos que han de ser copiados o imitados. La estandarización es un hecho que avanza y progresa de un modo inusitado como un círculo que trata de envolver a la sociedad contemporánea.

Tal parece como si apartarse de lo común, o sea, la originalidad, que es una de las notas distintivas del ser humano estuviese dejando de ser un anhelo para contentarse con la uniformidad. El hombre individualmente considerado sería sustituible por otro como la pieza de una máquina que se llegara a estropear. Esto significa que este hombre al poder ser suplido en el trabajo específico que desempeña, se le está anulando su individualidad. Se podría hablar de un intercambio de funciones, a tal grado que todo individuo sería un ser para ser reemplazado, en cuanto que representa una función personalizada que participa de una función especializada, que realizan de un modo uniforme todos los individuos de un mismo oficio o trabajo. El hombre como algo singularmente único que no puede ser reemplazado por otro, es sustituido por la función especializada común que lo envuelve, para así caer en el anonimato en que la personalidad queda soterrada. El poder enajenante que la especialización ejerce sobre el individuo ha llegado a despersonalizarlo a tal punto, que ha dejado de ser él mismo, perdiendo su identidad como un ser humano concreto, quedando de esta manera anulado como una singularidad humana única. Para lograr este objetivo las grandes empresas industriales procuran que los trabajadores en su doble aspecto anímico y corporal encajen en el impersonal ritmo de producción de una factoría. El individuo se convierte en una pieza sustituible dentro de la gigantesca maquinaria de la producción en serie. La producción racionalmente programada y la rapidez con que se desenvuelve el ritmo de trabajo, ejerce su acción alienadora sobre el hombre absorbiéndolo casi integralmente y sacrificando el tiempo que debiera dedicar a la familia.

Si durante varias horas al día por muchos años un hombre realiza una función especializada que lo mantiene fuera de casa y lo ocupa por completo, no puede al llegar a su hogar tener la paz y la tranquilidad de ánimo convenientes para transformarse de pronto en un ser humano. Su vida transcurre monótonamente de su trabajo a su casa y viceversa, enfrentado a la rutina uniforme de su trabajo diario y a los quehaceres recompensadores de la casa durante los fines de semana. El conocido filósofo Georg Lukacs en el capítulo titulado "La fisonomía intelectual de las figuras artísticas", de su magnífica obra, Problemas del Realismo, expone una crítica de los prejuicios existentes en la sociedad capitalista; entre otros, la despersonalización por la uniformidad, por la falta de variedad. "Constituye —dice Lukacs— un prejuicio burgués muy extendido en que lo bueno, lo correcto y, en una palabra, lo positivo es uniforme, monótono y no susceptible de una variación por personalidades que sólo los errores y las desviaciones, respecto de lo justo son variadas, diferenciadas y personales. Este prejuicio tiene hondas raíces en la conciencia burguesa. Proviene de aquí el que, en la sociedad capitalista, el individuo que piensa por cuenta propia haya de encontrarse necesariamente en oposición con la sociedad capi-

talista y sus dogmas aceptados". Lo que actualmente se conoce con el nombre de modas, ya sea en el vestir, en la forma de pintarse los ojos o de usar el cabello, son usos o modos que se ponen en boga en una determinada época y nación. Pero para divulgar un modo o uso, es decir una moda, en una cierta época, se requiere crear tipos uniformes y estandarizados, que respondan al afán de novedad de los grupos humanos, aunque no resuelvan ninguna necesidad. Las novedades en la moda no están en la mayoría de los casos en función de las necesidades humanas, sino de las utilidades y ganancias que producen al fabricante. Las modas uniforman el comportamiento de las gentes, no así el gusto, que se mantiene en cada persona por encima del paso de aquéllas, como una forma original e individual de apreciar y elegir. La uniformidad que producen las modas hace que las personas pierdan aquello que tienen de singular y propio y quedan absorbidas por la estandarización única. La fisonomía de las manos de una mujer se despersonaliza al maquillarse, arruinando su aspecto particular y característico. Las causas que intervienen en la desintegración del individuo van desde la especialización y la mecanización hasta la estandarización, con las consiguientes formas de enajenación que han producido en la época moderna.

La escisión de la personalidad es un fenómeno producido por la creciente tendencia a la comercialización. En la sociedad contemporánea todos en mayor o menor grado tienen que vender su personalidad. El liberalismo económico propio del capitalismo incrementa la libre competencia comercial. En la sociedad actual la ley de la oferta y la demanda se convierten en el principio rector en lo económico, cultural, etc. No hay aspecto de la vida humana que no esté sometido a trato comercial y a compraventa. El valor de una persona lo determina su capacidad para ofrecerse en un mercado competitivo. Su éxito estará condicionado por la aceptación de su personalidad entre sus semejantes. Todos tienen que venderse, el gerente de una compañía, el maestro de una institución de educación superior, el médico y el soldado. Todos tienen que corresponder a la demanda. No son las facultades propias del individuo, como la inteligencia, el carácter o la voluntad las que le confieren su valor, sino el éxito que tenga su personalidad en el mercado. Lo que se valora no son las cualidades que reúne la persona, sino el recibimiento real y observable que se le confiere por la sociedad en que se desenvuelve. Si una persona tiene éxito es valiosa; si carece de él, su valor es nulo. El hombre individual al reducirse a una mercancía sujeta a los cambios de la oferta y de la demanda, a los vaivenes del mercado competitivo, está perdiendo su identidad consigo mismo, para convertirse en una cosa que tiene precio y que puede ser comprada y vendida. La conciencia del valor de sí mismo se va aniquilando gradualmente, hasta quedar reducido a un conjunto de funciones que uno puede realizar y vender. Así como yo, también los demás individuos son vistos como mercancías, en

su parte que puede vender, pero no como seres humanos, en su parte que no puede venderse. Se pierde la idea de que el valor de la persona reside en el imperativo de Fichte: "sé el que eres", para enajenarse en el principio de la oferta y la demanda que domina en el mercado de libre cambio: "seré lo que tú quieras". ¿No habrá una cualidad de la persona que no pueda ser comerciable, es decir, sujeta al cambio? El ser humano tiene un valor mercantil, que se encuentra en las funciones estandarizadas que comparte con otros y que pone a la venta para su compra. Pero existe una parte incanjeable en el hombre, que es su valor como individualidad única, no reducible a ninguna función colectivamente estandarizada susceptible de alienación. Es la parte comercial y funcional del ser humano la que tiene un valor no individual o de venta. En la sociedad capitalista, donde priva el libre cambio de mercancías, el hombre al ser considerado como mercancía, se enajena al quedar convertido en cosa, en un medio para incrementar las utilidades del capital mediante su explotación. En la etapa del capitalismo industrial, la técnica ha enajenado al hombre al convertirlo en una pieza más que se ajusta a la máquina. Algunos pensadores de la época moderna han considerado que la ruina espiritual del hombre occidental obedece a la influencia alienadora que sobre él ejerce este mundo dominado por la máquina y la tecnología. De tal modo el hombre contemporáneo se siente más inclinado a idolatrar los valores instrumentales que a los puramente espirituales. No se puede desconocer pues que en la sociedad industrial contemporánea, la tecnología actúa como una fuerza de enajenación. Su presencia en todos los aspectos de la vida humana ha determinado que los individuos hayan ido perdiendo paulatinamente el valor de la soledad y de la reclusión en su interioridad. La máquina está presente por todas partes: la radio y la televisión como medios de comunicación masiva introducen una propaganda falsa que está presente en todos los estratos sociales. La tecnología ha acortado las distancias entre las naciones, al poner al servicio del hombre los instrumentos adecuados de comunicación como el telégrafo, el teléfono, la radio, el avión, etc.; en este sentido es obvio que el mundo se ha hecho más pequeño y que las noticias de los sucesos apenas acaecidos las tenemos en los minutos siguientes. Por lo consiguiente, la tecnología opera en este aspecto como factor de comunicación entre los hombres. Pero hay ocasiones en que la máquina se interpone entre los hombres, reduciendo al mínimo el trato personal. Tal es el caso muy común en nuestro tiempo en que el funcionario de tal o cual dependencia, deja registrado a su secretaria el dictado del día o de la semana en el magnetófono, que después vuelve a repetirlo para su transcripción. Con esto, la máquina restringe el trato humano directo entre los individuos.

El contacto cotidiano entre los hombres que se verifica a través de aparatos

mecánicos, tiende a anular en mayor medida la comunicación con el prójimo, con la parte humana e individual. En la sociedad contemporánea, el hombre será el artífice de su futuro, tiene dos opciones: abandonarse al poder enajenante de la tecnología dejándose dominar por las máquinas producto de su creación, o bien utilizar la tecnología como un instrumento de integración cultural y económica entre los pueblos y los hombres, pero manteniendo su señorío sobre sus creaciones. La fuerza absorbente de la tecnología lo anula como ser humano individual; mientras que la tecnología puede servirle como fuerza de integración, para superar el aislamiento cultural y comercial entre las naciones.

Entre las diferentes formas de desintegración de la individualidad del hombre contemporáneo, se encuentra la tecnificación, que propende a invalidar la personalidad, dividiendo al hombre en funciones colectivas uniformes. Esto produce un divorcio entre la singularidad como nota distintiva del ser humano integral y la escisión que en la personalidad humana ocasiona convertirlo en funciones técnicas específicas. La especialización impulsa el desarrollo de esas funciones colectivas uniformadas para dividir al hombre, como algo integralmente único, en funciones colectivas especializadas.

El divorcio entre la singularidad y la escisión, que en la personalidad humana ocasiona convertirlo en funciones técnicas específicas, se produce por la especialización que impulsa el desarrollo de esas funciones colectivas uniformadas para dividir al hombre, como algo integralmente único, en funciones colectivas especializadas. Este divorcio se produce por la especialización que impulsa el desarrollo de esas funciones colectivas uniformadas para dividir al hombre, como algo integralmente único, en funciones colectivas especializadas. Este divorcio se produce por la especialización que impulsa el desarrollo de esas funciones colectivas uniformadas para dividir al hombre, como algo integralmente único, en funciones colectivas especializadas.

Sección Segunda

LETRAS

La obra de Maledonio Fernández que ha llegado hasta nosotros, compuesta en tres pequeños volúmenes, es un estudio sobre el mundo contemporáneo. Una primera visión nos muestra una complejidad de dimensiones: ironía, brutal, apasionada. Soledad humana, ira, amor, amor íntimo, desbordada y pasión, sobre todo pasión. Desbordada, más allá que conformada por Maledonio en realidades, sobre todo dejas de momentos en momentos, en silencio. Y en silencio, esta complejidad de facetas hace prácticamente imposible, por las naturales limitaciones de tiempo y espacio, el realizar una revisión total de su obra. Este factor y sólo la necesidad de volver al creador Maledonio Fernández, nos ha impulsado a preparar un croquis de la producción de nuestro escritor. *Maldonado de la novela de la época*

En la referencia a la obra, *Adolfo de Oñate*, se dice: "Esta novela fue una gran idea que se dio y desarrolló en momentos revolucionarios. Aparece en un momento en que la revolución social, política, económica y nada más que eso. Maledonio, entre tanto y tanto, nos dejó un libro que una visión de la creación literaria en un acto de conciencia y de voluntad, notal — al autor al lector, a los personajes — desbordada y desahogada."

Maledonio Fernández va ensayando una forma de escritura que toma forma en su mundo estético y teórico literario. Vamos siguiendo algunas de sus etapas:

¹ Fernández, Maledonio, *Novela de la época*, Editorial de la Universidad de Buenos Aires, 1967. Libro de bolsillo, 120 páginas.